

sa reservada á los Jesuitas por los contemporáneos de Voltaire.

En otro punto de la América meridional, en Cartagena, realizaban los Jesuitas otros prodigios de caridad. Del mismo modo que se habian hecho párias en la India para convertir á los párias, y brahmas para convertir á los brahmas, así el bienaventurado Pedro Claver se hace negro, y más que negro «esclavo de los negros,» para elevar hasta el sentimiento de la Religión á estas miserables víctimas de la codicia europea.

Es preciso leer su historia para medir la distancia que separa á la filantropía de la caridad. Los filántropos de la «América libre» han emancipado á los negros, y han hecho bien. Pero, ¿dónde está el americano que estrecha la mano de un negro? En Nueva-York, hombres y mujeres rehusan admitir en los coches públicos á los negros, como si se tratara de animales inmundos cuya sola presencia infestase el aire. La supuesta libertad que se les ha dado no los libra de la degradacion, ni las interminables novelas que se han escrito sobre ellos han servido para otra cosa que para especular con la compasion de los europeos.

Claver no posee el derecho de emanciparlos; pero va á esperarlos á las plazas, donde los llevan como un rebaño para venderlos, y enfermo como está, pobre y muriéndose de fatiga, carga sobre sus espaldas un fardo de provisiones que ha reunido pidiendo limosna, y los alimenta, y les da de beber, y les lava la cara y los piés, y besa sus lágrimas, exclamando: «¡Oh, hermanos míos! ¡oh, amigos míos! ¡oh, mis queridos amos! ¿qué quereis de mí? No temais; exigid de vuestro siervo todo lo que querais, hasta su vida, pues os pertenezco; me habeis comprado en Jesucristo; yo soy Pedro Claver, *¡el perpétuo esclavo de los negros!*»

El Padre de Rodhes en Tong-King, el Padre Cabral en el Thibet y en el Nepaul, los Padres Medrano y Figueroa en Nueva-Granada y Juan de Arcos en Caracas, siguen muy luego el ejemplo de Claver.

Entonces es cuando por primera vez son acusados los Jesuitas «de comerciantes,» porque cedian á sus neófitos casi de balde las mercancías que los verdaderos traficantes les hacian pagar con usura. ¡Delito es este que nunca les será perdonado! Es menos peligro-

so meterse entre la espada y la pared, que interponerse entre el negocio y los que lo explotan. Ni la evidencia ni el tiempo pueden apagar el rencor de gentes á quienes se les ha *perjudicado*, moderando sus desmesuradas ganancias, y todavía encontrareis muchas personas que digan que los Jesuitas tienen sobre el Océano flotas inmensas, aunque invisibles, que van y vienen con asombrosa rapidez, llevando mercancías, cuya calidad es de todos ignorada, á corresponsales de todo punto misteriosos.

Cuando un Jesuita se dedica al comercio,—de lo cual hay un ejemplo funesto y demasiado célebre,—la Orden lo declara irregular, lo castiga, lo espulsa, y se arruina por pagar una deuda que no ha contraído.

A pesar de esto la Orden no se vé nunca libre de esta imputacion, la cual sirve de pretesto para aniquilarla.

Referiremos más adelante la orgía de iniquidades conocida en la historia con el nombre de proceso del Padre de la Valette.

Los Jesuitas no son comerciantes. Dan, pero no venden. No tienen almacenes ni flotas. Déjan hacer y dejan decir.

No hallareis nunca en sus libros testimonios de su celo, de su valor y de su obstinada caridad. Muy rara vez oponen un mentís ni aún á las más temerarias acusaciones, y en sus enemigos es donde hay, sobre todo, que buscar la refutacion de las absurdas calumnias propaladas contra ellos. Es muy de notar que los autores que han censurado más severamente á los frailes españoles, concuerdan todos en respetar la conducta de los Jesuitas. «Gobernados por una disciplina más perfecta que la de las demás Órdenes, ó impulsados por la necesidad de conservar el honor de la Compañía, tan caro á todos sus miembros, los Jesuitas observaron siempre, tanto en Méjico como en el Perú, una conducta irreprochable.» No es un Jesuita, ni siquiera un católico, quien ha dicho esto (1).

¡Cuánto distan estos pensamientos de un protestante, hombre honrado y distinguido escritor, de las innobles invenciones esplotadas por nuestros libros y nuestros periódicos!

Muchos años antes del ministerio Choiseul, bajo el cual se consumó la expulsion de los Je-

(1) Robertson, *Hist. de América*, t. X, pág. 29.

suitas, calificada por Montalembert, y antes por Montyon, de «la más grande iniquidad de los tiempos modernos,» hé aquí cuál era el estado general de las misiones fundadas entre los infieles por los discípulos de San Ignacio en las varias comarcas del universo:

Los Jesuitas de Portugal, quienes desde 1551 á 1623, en 72 años, habian enviado á las Indias 662 misioneros, 222 al Brasil, ó sea 12 cada año por término medio, eran en 1616, 280 en la provincia de Goa, y 180 en la del Brasil, la cual llegó á contar más tarde (en 1759) 475.

La mision del Japon contaba, en 1581, 150,000 cristianos, 200 iglesias, 59 misioneros. En China, hácia 1680, solo la provincia de Nankin contaba más de 100,000 cristianos. En las Indias, en Madrás, bautizó el Padre Laynez en seis meses (1699) á 15,000 idólatras.

América, en 1763, contaba 526 Jesuitas en el Perú; en Méjico, 572; en Quito, 209; en el Paraguay, 269 (564 en 1767); en Chile, 242. En el Marañon organizó el Padre Vieyra de Silva, en 1667, 50 aldeas cristianas, esparcidas en más de 400 leguas de costa.

Las misiones de Levante, fundadas por En-

rique IV y restauradas por Luis XIV, propagaban, al mismo tiempo que la fé católica, la influencia francesa en Grecia, en Constantino-pla, en Pérsia, en Smyrna, en todo el Archipiélago, en Armenia, en Crimea, en Caldea, en Siria y en Egipto.

Tal era el estado de creciente prosperidad de las misiones de la Compañía cuando la tiranía, suspicaz y violenta al mismo tiempo, de los Pombal, de los Aranda y de los Choiseul, destruyó en un momento la obra de tantos esfuerzos y de tantos años, fundaciones gloriosísimas que abarcaban el universo y constituian un imperio vasto y poderoso. Confunde y pasma verdaderamente cómo aquellos hombres, cuya desdichada impotencia para producir y aún para conservar algo es conocida de todos, pudieron reducir á la nada obra tan gigantesca.

Nada diremos aquí del portugués, ni del español, ni del francés, porque hemos de dedicarles muy en breve capítulo aparte; y á fé que lo merecen, no ciertamente por lo que produjeron, pues su obra es nula, sino por la inmensa riqueza que aniquilaron cegados por el odio.

Mientras que unos Jesuitas extendian cada vez más entre los pueblos paganos y bárbaros las fronteras del Catolicismo, esforzábanse otros por reducir á la obediencia á los herejes y cismáticos de Europa sublevados contra la Iglesia. Hemos visto á Lefevre, á Le Jay, á Bobadilla, tres Jesuitas del tiempo de la fundacion, hacer frente los primeros al innumerable ejército de apóstatas y de rebeldes que desolaban á Alemania con sus asesinatos y sacrilegios. Siguióles muy luego en este camino el beato Pedro Canisio, una de las figuras más nobles de la Compañía, hombre de arrebatadora elocuencia, de ciencia profunda y de inagotables recursos como polemista. Los mismos luteranos decian de él: «No hay medio de resistir á la verdad que este hombre nos predica» (1). Pero la caridad sobrepujaba á todas sus virtudes. En Ingolstad se vió á Canisio y á Salmeron, ambos profesores eminentes de la Universidad, ir diariamente al salir de sus cá-

(1) Nacido el 8 de Mayo de 1521 en Nimega, muerto el 21 de Diciembre de 1597 en Friburgo, en Suiza, beatificado el 2 de Agosto de 1864 por el Papa Pio IX.

tedras á curar á los enfermos en el hospital y á instruir á los niños en la escuela ó en la plaza pública.

La persecucion fué, como era natural, su recompensa. Canisio escribia al Padre Laynez, General de la Compañía de Jesús despues de la muerte de San Ignacio: «Nuestros enemigos, por las calumnias que esparcen contra mí, se empeñan en quitarme una reputacion que no pretendo defender. A los demás Padres les hacen el mismo honor. No tardarán mucho en pasar de las amenazas á los golpes y á los más crueles tratamientos. Quiera Dios que á medida que ellos se esfuercen á difamarnos, trabajemos nosotros por edificarlos con nuestra caridad. Son nuestros perseguidores, pero son nuestros hermanos. Debemos amarlos por amor de Jesucristo, que dió su sangre por nosotros, y porque acaso no pecan sino por ignorancia.»

No puedo menos de advertir aquí que estos pensamientos tan bellos, y la manera discreta con que son espresados, constituyen lo que se llama el Jesuitismo por excelencia, es decir, aparentemente la hipocresía. ¡Qué confesion tan preciosa la de los que no quieren ó

no pueden creer en la honradez y en la bondad del corazón del hombre! Su conducta equivale á escribir sobre sus frentes: «Negamos esto porque no somos capaces de ello.» El Jesuitismo es la caridad, aborrecida por los que viven tan lejos de ella que jamás la han visto ni oído.

Con estas armas conquistaron á muchas inteligencias y conmovieron á muchos corazones. «No faltó á los Jesuitas celo ni prudencia,» ha dicho otro escritor protestante, Leopoldo Ranke (1), hablando de sus trabajos en Alemania. «Se les vé, prosigue, estenderse sucesivamente por todas partes, y llevarse tras sí la muchedumbre del pueblo. Sus iglesias son las más frecuentadas. Si hay en alguna parte un luterano versado en la Biblia, cuya enseñanza ejerce influencia sobre las personas que lo rodean, ellos se dedican con el mayor empeño á convertirle y casi siempre lo consiguen; tanta es la eficacia de sus hábitos de controversial... El príncipe electoral de Maguncia, Schweickhard, Maximiliano de Baviera, el archiduque Fernando, todos los hombres eminentes salie-

(1) Tomo IV, pág. 49.

ron de la escuela de los Jesuitas, tan hábiles en infundir elevados y grandiosos pensamientos en la mente de sus discípulos. Estos príncipes fueron reformadores y llevaron á cabo en sus estados, guiados por la fé, una verdadera restauración religiosa.»

¿Quereis ver ahora cuál fué el papel que desempeñaron en la historia de la superstición estos religiosos á quienes se da tan gratuitamente y con tanta frecuencia el nombre de oscurantistas? Pues hé aquí un resumen de la biografía del Padre Federico de Spee, uno de los escritores más célebres de su época. Indignado por los frecuentes abusos á que daban lugar los procesos criminales instruidos contra los hechiceros, tomó á su cargo con un valor digno de admiración, la defensa de las víctimas contra jueces ignorantes y un público fanático. Su libro intitulado *Causa criminalis*, causó tal impresión en Alemania y en Francia, que á contar desde su publicación, no obstante la credulidad del pueblo y las erróneas ideas de los tribunales, la legislación absurda y sanguinaria vigente sobre este particular en Europa desde hacia muchos siglos, cayó al poco tiempo en desuso.

Poco despues (1635), hallándose el Padre de Spee en Tréveris, se apoderaron los imperiales de esta ciudad, ocupada antes por los franceses. El celo y valor admirable de este Jesuita salvaron á aquella gran ciudad del pillaje, y libraron de la muerte á los vencidos. Cuatrocientos prisioneros franceses le debieron la libertad, el alimento, el vestido, y hasta el permiso, que él les alcanzó, para volver á su patria. Pero á la guerra sucedió la peste, y el Padre de Spee no siguió á los que se marchaban; se quedó en la ciudad, para prodigar sus cuidados á los enfermos, y murió de pie á los 40 años sobre el campo de honor de la caridad.

Durante el reinado de Enrique VIII habian acudido Salmeron y Pascasio Broët á Escocia y á Irlanda para fortalecer y consolar á los católicos víctimas de la más odiosa persecucion. Pero á un peligro permanente era preciso oponer un socorro duradero. Bajo el sangriento reinado de Isabel, cuyos edictos traen á la memoria los de Neron y Dioceciano (1), se organizó una mision de 12 Jesuitas

(1) Ejemplo: Desde el 15 de Julio hasta el 31 de Agosto de 1580 más de *cinquenta mil católicos* fue-

dirigida por Edmundo Campian y Roberto Persons, antiguos miembros de la universidad de Oxford. Su cabeza habia sido puesta á precio y ellos no lo ignoraban. «Tenemos aquí tanto que hacer, escribia el Padre Persons, que frecuentemente no nos quedan sino dos horas, cuando más, para descansar un poco.»

Y el ilustre doctor Allen aseguraba que en el espacio de un año habian ganado los Padres más almas en Inglaterra de las que hubieran podido ganar en otra parte durante toda su vida. «Se calcula, añadía, que hay al presente entre nosotros diez mil católicos más que el año pasado.»

Mas para que los trabajos de los apóstoles sean fecundos, se necesita sangre: Edmundo Campian derramó la suya. Muchos de sus hermanos alcanzaron despues de él la palma del martirio: Juan Cornelius, Roberto Southwell, Enrique Walpole (1), Tomás Bosgrave, Rogelio Filcock, Francisco Page, Enrique y

ron presos, acusados, encarcelados y sentenciados á la confiscacion, á la deportacion, y gran número de ellos á la pena capital.

(1) Tenia tres hermanos y un primo en la Compañía de Jesús.

Tomás Garnett, Tomás Holland, Rodolfo Corby, Enrique More, Ricardo Bradley, Causfied, Cuthbert Prescott, Edmundo Nevil.... Los mártires eran suspendidos en la picota, después de lo cual, cuando todavía estaban vivos, se les abrían las entrañas y los descuartizaban. *Ibant gaudentes* (1), como debía decir trescientos años más tarde, en 1870, uno de los compañeros del amado Padre Olivaint al marchar al suplicio. Su cántico no cesó sino cuando su corazón dejó de latir.

De sus verdugos ha dicho Voltaire lo siguiente: «La estravagancia de estos fanáticos corria parejas con su furor; eran á un tiempo los hombres más locos y más terribles.» Citamos aquí con verdadera alegría á un hombre de ingenio, á quien Dios se lo había prodigado todo, excepto el beneficio inestimable de la fé. Voltaire arrojó contra la Compañía de Jesús muchas acusaciones, sin otro fundamento que la mentira; pero son también numerosas las páginas en que su pluma, al correr sobre el papel, hizo justicia á este instituto.

(1) «Iban regocijados.»

La crueldad de los locos que mataban fué vencida por la paciencia de los cuerdos que sabían morir, y después de esta larga y horrorosa persecución, la fé católica, gracias á los trabajos de los Apóstoles y á la sangre de los mártires, alcanzó en Inglaterra derecho de ciudadanía, y floreció de nuevo en la «Isla de los Santos.»

La prueba de que el protestantismo, tan completamente victorioso en su principio, iba perdiendo terreno, es que los países del Norte de Europa vacilaban todos al mismo tiempo. «La plaga de los Jesuitas,» como decían los predicadores protestantes, había atacado á los reinos en que Cristian prostituía la mitra entregándola á un lacayo. El Padre Antonio Possevino (1) predicaba en los mismos lugares en que Gustavo Wasa había destruido las imágenes de María, y pueblos y reyes volvían á la fé, dóciles á su voz. Llegó hasta Stockolmo, donde recibió secretamente la abjuración del rey de Suecia Juan III, y desde allí emprendió el camino de Moscou. En esta corte, el confesor muestra *condiciones de diplomati-*

(1) Nacido en Mántua en 1534.

co consumado; negocia en el Kremlin la paz entre el czar Iwan IV y los polacos, y abandonando luego tan brillante papel, se vuelve á Pádua para continuar modestamente en sus funciones de confesor y de predicador. Ni siquiera es lícito admirar esta obediencia absoluta tan humildemente predicada: esta es la regla, y en el caso presente la humildad fué especialmente fecunda, pues que de las manos de este maestro salió Francisco de Sales.

No habian pasado cincuenta años desde la muerte de Possevino cuando dos hermanos suyos en religion, secundados por un notable discípulo de los Jesuitas, Renato Descartes, convertian al Catolicismo á la hija de Gustavo Adolfo.

Un protestante, cuya imparcialidad hemos tenido ya ocasion de observar, el doctor Ranke, ha dicho: «La actividad de los Jesuitas abarcaba las varias provincias en que se dividen los pueblos de la Livonia; la Lituania, donde se veian todavía obligados á combatir al antiguo culto de las serpientes; á Grecia, donde los Jesuitas eran con frecuencia los únicos Sacerdotes católicos; á Polonia, donde se consagraron á hacer revivir la fé católica

centenares de religiosos de la Compañía de Jesús.»

En esta última comarca fué señalada su obra con el sello de la cruz: Andrés Bóbo-la (1), martirizado cruelmente por los cosacos cismáticos, fué en el cielo el nuevo patron de la colonia católica.

Terminaremos este rápido bosquejo de las misiones de la Compañía en ambos mundos con algunas palabras concernientes á los trabajos de los Jesuitas en las grandes naciones católicas, en Italia, España y Portugal, en las provincias de Alemania que permanecieron fieles á Roma, y finalmente en los Países Bajos, dedicando á Francia un capítulo especial.

Es cierto, en primer lugar, que puede aplicarse á los trabajos de los Jesuitas en todos estos pueblos, el juicio formulado sobre los

(1) Nacido en Polonia en 1590, muerto por la fé en Yanov el 16 de Mayo de 1657, y beatificado por el Papa Pio IX el 30 de Octubre de 1853. El mártir Olivaint ha escrito su vida.

resultados que consiguieron en dos de ellos, por uno de los escritores más hostiles á la Compañía de Jesús, el apóstata Huber de Munich. «La Orden, dice, alcanzó en poco tiempo ventajas pasmosas sobre el protestantismo; ahogó en Italia el movimiento *renovador* y lo relegó en Alemania á las comarcas del Norte.» Huber cita en apoyo de este aserto el magnífico testimonio de Macaulay. «El protestantismo, dice este noble escritor, fué detenido en su marcha victoriosa y rechazado con vertiginosa rapidez desde el pié de los Alpes hasta las orillas del Báltico. No contaba la Orden un siglo de existencia cuando ya había llenado al mundo con los monumentos de su martirio, y con sus grandes luchas por la fé.»

En efecto, en Roma, en Venecia, en Pádua y en toda la península italiana, así como en el inmenso imperio que reunia entonces bajo un mismo cetro á España, Austria y Flandes, se vió á los Jesuitas combatir el error en todos los terrenos, defender á la verdadera fé, restablecer la disciplina eclesiástica, propagar la piedad por medio del ejemplo, predicar las obras de caridad para el socorro de los enfermos y de los pobres, fundar asilos para el su-

frimiento, para la indigencia, para el arrepentimiento, para la ancianidad, y formar á los jóvenes en la amable virtud que se admira en Luis Gonzaga y en Estanislao de Kostka.

Así es que en todas partes se levantaban altares en honor de los Santos, en quienes la Compañía de Jesús había infundido su espíritu: España venera á San Ignacio, á San Francisco de Borja y al Beato Alfonso Rodriguez; Nápoles á San Francisco de Jerónimo; Bélgica al Beato Juan Berchmans; Holanda, la Suiza católica y el Tirol al Beato Pedro Canisio; Francia á San Juan Francisco Regis (1), etc.

¿Y cómo llegaron todos estos hombres á la cumbre de la perfeccion cristiana? Por medio de la exacta y heroica observancia de las reglas de su instituto, por la práctica de la obediencia tal como la definió San Ignacio, por una abnegacion constante y por la fidelidad al espíritu de esta Compañía de Jesús, la cual

(1) Nacido el 31 de Enero de 1597, muerto el 31 de Diciembre de 1716, canonizado el 5 de Abril de 1737 por el Papa Clemente XII.

ha podido ser perseguida y aún destruida temporalmente; pero á quien nadie pensó nunca en sério reformar, porque jamás ha podido nadie calificarla de corrompida, excepto los «solitarios» de Port-Royal, refutados por el mismo Voltaire y las infelices gentes de nuestra época que se alimentan con carne de Jesuita, y á quienes nadie ciertamente se tomará el trabajo de contestar.

Hay, sin embargo, una paparrucha sobre la cual conviene decir algo. Está de moda entre los revolvedores de diccionarios, que desde el aluvion enciclopédico vienen repitiendo siempre fielmente los mismos despropósitos, el cacarear en todos los tonos que las naciones que han permanecido fieles á la Iglesia se hallan en *decadencia*, atribuyendo á los Jesuitas la responsabilidad de esta supuesta postracion. Entre los enfermos que citan, se hallan Austria, España y Portugal. Hasta ayer citaban también á Méjico; pero parece que ya no se atreven á hacerlo, desde que lo gobernó Juarez.

¿Y por qué no á Italia? Y, sobre todo, ¿por qué no á Bélgica?

¿Están muy seguros los que esto afirman de

que tenga todavía bien vendados los ojos Inglaterra que ve maniobrar á la herejía fuera de su casa, y que no sabe ya á ciencia cierta, si el protestantismo es en el fondo un buen comercio?

Habria mucho que decir en cuanto á la inferioridad de los países católicos. Por lo que á mí toca, no la admito en ningun terreno, porque sobre no consistir á mis ojos la grandeza humana únicamente en la conquista de la moneda de cien sueldos, no profeso ningun género de devocion al dios americano, llámese Dollar ó Revolver; pero aún admitiendo que algunos países católicos se hallen en decadencia, ¿puede ésta compararse con la horrorosa enfermedad intestina de ciertos países protestantes? No hay que nombrar estos países, bien lo sé; pero ¿quién no los conoce?

Además, estas naciones católicas, ¿no eran católicas también en la época de su mayor esplendor? ¿No eran entonces mucho más católicas que ahora? ¿Por ventura no han ido decayendo poco á poco al par que dejaban de ser fieles á sus creencias, y bebían el veneno de la indiferencia, del escepticismo y

de la incredulidad? ¿Y no es una burla contraria hasta al sentido comun atribuir esta postracion á la influencia de los Jesuitas? ¿Se han de imputar los progresos del mal á los que lo han combatido con la mayor energía?

Los Jesuitas, por otra parte, fueron expulsados de la mayor parte de esos Estados católicos por intrigas de los fautores de la decadencia de estos mismos países; fueron arrojados cuando esos Estados se hallaban en plena prosperidad á la cual habian contribuido eficazísimamente los Jesuitas, cuya fecunda cooperacion ha sido reemplazada por..... ¿para qué decir por quién?

¿Por ventura les ha ido tan bien á España, á Portugal, al reino de Nápoles, al ducado de Parma, al imperio de Austria y á los demás Estados que expulsaron á los Jesuitas?

¿Y á Francia?

Si tan bien les ha ido, ¿por qué esas quejas?

Y si por el contrario han sentido las consecuencias de la salida de los Jesuitas, como lo proclama la historia, ¿á quién se espera engañar atribuyendo á los autores de la prosperidad las desgracias que han sobrevenido despues de su injusta y malvada expulsion?

¡Sea cada cual responsable de sus propios actos!

¿Quién tiene la culpa de que lo que fué oro puro en manos de los Jesuitas, lo hayan trocado en plomo sus despojadores?

¿Han comprendido ó no nuestros lectores, por lo que acabamos de decir, las causas de los ódios verdaderamente extraordinarios concitados contra la Compañía de Jesús?

A esto me contesto yo mismo: sí y no.

Sí, por los enemigos de la Iglesia; *no*, por sus amigos.

Los enemigos de la Iglesia tienen sobrados motivos para odiar á los Jesuitas, así como los amigos de la Iglesia los tienen para estimarlos y amarlos. No se procedería lealmente infiriendo de nuestras palabras que tratamos de confundir á los servidores con el dueño, á los Jesuitas con la Iglesia. La Compañía de Jesús es poca cosa en comparacion de la Iglesia, que es la única á quien se ha prometido la inmortalidad.

La Compañía de Jesús podria desaparecer,

sin que por esto se conmoviese siquiera la piedra sobre que descansa el edificio divino.

Pero «*todos los enemigos de la Iglesia son siempre y sobre todo enemigos de los Jesuitas;*» señal evidentísima que muestra á los católicos el afecto que la Compañía debe inspirarles.... La unanimidad de los enemigos de la Iglesia en atacar, denunciar y calumniar á la Compañía de Jesús, es para esta un incomparable título de gloria, un privilegio tan sin igual y una prerogativa tan honrosa, que no hay ni puede haber para los cristianos ningun nombre tan glorioso en los tiempos presentes como el nombre de Jesuita (1).

Acabamos de ver á los Jesuitas desplegando su actividad fuera de Francia. Sigámoslos ahora en este país, y veamos qué han hecho para merecer que su nombre haya llegado á ser la mayor de las injurias en lábios de los enemigos de Dios y de la patria, los cuales

(1) Conde de Montalembert, discursos pronunciados en la Cámara de los Pares los días 8 de Mayo y 11 de Junio de 1844.

dan el nombre de Jesuitas no solo á todos los Sacerdotes y á todos los católicos, sino tambien á todo hombre honrado que sirve honradamente á su patria.

Leed los *verdaderos* periódicos, entrad en los *buenos* clubs, y vereis como son calificados indistintamente de Jesuitas los fabricantes, los propietarios, los hombres de Estado, sean cuales fueren sus ideas, en suma, todos los que saben leer y no saben aullar. Se llama Jesuitas á los gendarmes, á los prefectos, á los mariscales, á los hermanos de la Doctrina Cristiana. ¡Se ha llegado hasta á llamar Jesuitas á los pastores protestantes! Jesuitas á los magistrados, Jesuitas á las soldados. ¡Jesuitas! ¡Jesuitas! ¡Jesuitas! Nunca han sido glorificados los hombres con un clamor semejante.

Si esto no es la gloria, ¿á qué se dará ese nombre?